

Quién tira la primera bala

Armas de fuego y dominación racial en Estados Unidos

NI UNA SEMANA, ni un día sin que se oiga hablar de las armas de fuego en Estados Unidos. Las masacres suceden a las matanzas y las matanzas a las masacres. Los artistas y los intelectuales se interrogan, como Michael Moore en *Bowling for Columbine*. Impotentes frente a la Asociación Nacional del Rifle (NRA por su sigla en inglés), Barak Obama no pudo cambiar nada al respecto, y las lágrimas que virtió después de una tragedia reciente han marcado las mentes. Hillary Clinton busca también limitar el uso de las armas, pero es poco probable que lo consiga. La mayoría de los senadores, demócratas incluidos, están financiados por estos lobbies. Con el dedo en el gatillo, los propios policías son los primeros en disparar a quemarropa sobre el primer sospechoso a la vista, sobre todo si es negro. Es así que murieron Trayvon Martin, Tamir Rice, Jordan Davis, Kajieme Powell, entre otros; errores recurrentes que son el origen del movimiento Black Lives Matter. Y es por lo que Ta-Nehisi Coates redactó ese libro notable, distinguido por el National Book Award: *Between the World and Me*.

Y nos asombramos cada vez de esta sociedad estadounidense en la que las armas de fuego están tan presentes. Nos asombramos de estas niñas que, desde los cinco años, aprenden a disparar con balas reales y pistolas rosas que se parecen a juguetes de la marca Hello Kitty.

Orígenes, venganzas

En realidad, esta cultura, para no decir este culto a las armas de fuego, no puede ser entendida fuera del contexto de esclavitud del cual es producto. Pero aunque el tema sea regularmente evocado en los medios, este origen totalmente evidente nunca es mencionado. Nos sorprendemos muchas veces, pero no se explica nada. Sin embargo, es una de las consecuencias más visibles de la historia colonial de los Estados Unidos de América.

Medimos mal la paranoia propia de los primeros colonos que se instalaron en el supuesto Nuevo Mundo. Confrontados a los rigores del clima, a la hambruna, a las enfermedades, y sobre todo a los indios, ellos vivieron en una angustia permanente, y de hecho, en los inicios de la época colonial muchos establecimientos desaparecieron totalmente, dejando a su paso sólo los rastros y las ruinas de una presencia fantasma. Los que, algunos meses más tarde, llegaban con víveres y refuerzos descubrían con terror los cadáveres descompuestos, muchas veces acribillados de flechas, de sus predecesores, antecedente de lo que, tal vez, les esperaba a ellos. Así, de generación en generación fue transmitido, si no el recuerdo, por lo menos el traumatismo que se había provocado.

La pesadilla se volvió total con los principios de la esclavitud. Los indios eran una amenaza externa que se podía detener, poner a



Panteras Negras. / S/D DE AUTOR

distancia. Los esclavos, en cambio, vivían en el corazón mismo de las plantaciones. Sin embargo, el negro más manso, más dulce en apariencia, podía volverse el enemigo más cruel. Se evocaba con angustia a esas cocineras que mezclaban vidrio molido con la sopa del amo, quien moría luego, después de sufrimientos atroces, sin que nunca se descubriera el origen del deceso. Se temía en toda la Luisiana los hechizos que los negros del bayú, herederos del vudú, difundían a su alrededor. Se sabía que rondaban en los alrededores los "bush negroes", esclavos cimarrones, escapados y viviendo de rapiñas y tráfico en la proximidad de las plantaciones. Se temía sobre todo las revueltas recurrentes, que podían acabar en verdaderas masacres.

El ejemplo de Haití, de Toussaint Louverture y sobre todo de Dessalines, permaneció en todas las memorias, y miles de blancos fueron asesinados en esta ocasión. "Hacer como en Santo Domingo" se volvió un leitmotiv en la boca de los esclavos. Es lo que afirmaban en todo caso los amos asustados. Mezclando en su persona la figura del profeta y la de Espartaco, Nat Turner se volvió noticia en los diarios, suscitando muchas vocaciones, y muchas otras insurrecciones tuvieron lugar en todo el continente. Entre 1521 y 1882, en el conjunto de las colonias americanas, 338 revueltas notables fueron identificadas, o sea, prácticamente una revuelta por año, cada una haciendo temer fenómenos de contagio.

Los rumores más locos circulaban en todos los sentidos, y los

colonos, que vivían en la angustia, implementaban una política de terror para intentar disuadir de antemano a los esclavos tentados por la revuelta. Conscientes de la crueldad que ejercían para con los negros, los amos tenían fundamentos para temer lo peor en caso de rebelión. En otros términos, la esclavitud fue, por así decir, una guerra civil y racial permanente.

Alianzas enfrentadas

Se temía, sobre todo, que, por casualidad, los negros hicieran alianza con los indios, lo que sucedió en el caso del episodio famoso de los Natchez, sobre el que el escritor francés René-Francois de Chateaubriand escribió el libro *Atala*. Los blancos se veían como en una "ciudadela asediada", metáfora recurrente en la mitología nacional. Y como todas las paranoias, este gran miedo se fundaba sobre bases en buena parte racionales. Frente a los indios, aún se podía construir paredes, como lo atestigua la famosa pared de Wall Street, construida por los neerlandeses. Pero frente a los esclavos, ¿qué se podía hacer?

Sin poder poner un soldado detrás de cada colono, se pensó que se podía al menos poner un fusil entre las manos de cada uno. La posesión de un arma de fuego, que fue primero una cuestión de supervivencia, se convirtió pronto en un marcador social y cultural: era el privilegio blanco por excelencia. Porque, evidentemente, las armas de fuego estaban prohibidas a los negros, a *fortiori* a los esclavos. Varias leyes fueron votadas en este sentido, y en algunos estados, sobre todo en el sur, un negro en

posesión de un arma de fuego podía ser condenado con todas las de la ley. El fusil se volvió de ese modo el símbolo propio de la dominación racial en Estados Unidos incluso cuando los negros tuvieron acceso a las armas de fuego.

Hoy como ayer

Y está claro, aun hoy, que la NRA es primero un lobby blanco, cosa notable aunque pocas veces observada, y que su combate no sólo está motivado por la preocupación en cuanto a la seguridad. Para quien escucha a sus voceros, es obvio que la posesión de un arma de fuego es, ante todo, una cuestión de identidad, es el símbolo del hombre blanco. Y es completamente vano explicar a los partidarios de estos lobbies que la venta libre de fusiles y pistolas no hace sino reforzar la violencia que, supuestamente, debe combatir. Porque, lo que defienden, profundamente, no es una cierta concepción de la seguridad, es una cierta concepción de su identidad viril y racial.

Por un fenómeno de "histeresis" muy dado en perpetuar las relaciones raciales, incluso después de la abolición de la esclavitud, los "guns" permanecieron siempre como una apuesta identitaria, y es porque ésta es particularmente perceptible, aun hoy, en los estados del sur y del oeste, donde la amenaza de los negros y de los indios fue más fuerte que en otra parte. Al final del siglo XIX, y a principio del XX, aun antes de linchar a quien sea, las brigadas del Ku Klux Klan (KKK) se anunciaban primero gracias al ruido de las armas de fuego que disparaban, señal de la

llegada de la potencia de los amos blancos, vestidos de igual color.

Esta cuestión estuvo igualmente presente durante la batalla por los derechos civiles, en la década de 1960. Los *Black Panthers* fueron siempre acusados de poseer armas. Y a veces era cierto. En el espíritu de los conservadores la imagen de un negro poseyendo un arma de fuego, siquiera de manera legal, constituía un desafío, una provocación, una situación de alguna manera *contranatura*. Y mientras la policía blanca, la CIA y el KKK no se privaban de usar las formas más radicales de la violencia racial, las asociaciones negras estaban invitadas a usar la no violencia y renunciar a la posesión de armas de fuego. Es la elección emblemática que hizo Martin Luther King, lo sabemos muy bien.

Al contrario, numerosos grupos negros hicieron de la posesión de armas de fuego el instrumento de un orgullo reencontrado. Las pistolas de las pandillas afroamericanas de Baltimore o de Los Ángeles no sólo tienen vocación de asegurar la dominación territorial a la que aspiran. De manera consciente o no, ellos representan igualmente la revancha racial de aquellos que las leyes, en otros tiempos, habían despojado y discriminado.

Aunque otras razones, totalmente evidentes y mucho más materiales, expliquen el recurso a las armas de fuego, el tráfico de drogas, por ejemplo, nos perderíamos de una parte de la realidad social, simbólica e histórica si no entenderíamos que, en cierta medida, se trata igualmente, para estos grupos sobreamados, de implementar una forma de resistencia negra frente a la dominación blanca, aunque las primeras víctimas de esta resistencia fueron ciudadanos negros de estos mismos barrios.

Aun hoy, eso explica que muchas asociaciones antirracistas militan en Estados Unidos en contra de las armas de fuego, no sólo porque los afroamericanos son las primeras víctimas de los disparos (sean de pandillas negras, sean de policías blancos), sino también, y más profundamente, porque estas armas son el símbolo histórico de la violencia colonial y de la dominación racial. Los negros que en Estados Unidos ven el vínculo entre esclavitud pasada y los problemas presentes son acusados de buscar excusas perezosas para su mediocre condición socioeconómica. Pero cuando vemos hasta qué punto los mismos blancos americanos son presos de sus angustias obsesionales y del síndrome de las armas de fuego, comprendemos, en efecto, que los argumentos de los afroamericanos no son tan falsos, porque en su conjunto la sociedad estadounidense (pero no sólo ella) padece todavía de las consecuencias patógenas y duraderas de su historia. ■

Louis-Georges Tin,
desde Francia (traductor:
Cédric Minne, desde Bélgica)